

M - 11092

R - 5274

A.T.V

3059

Sambis el Pan

C.A.R.A.C.T.E.R

v

VIDA ÍNTIMA DE LOS PRINCIPALES PELOTARIS

A.T.V.
3659

B. MARIANO ANDRADE



CARACTER

Y

VIDA ÍNTIMA DE LOS PRINCIPALES PELOTARIS

BELOQUI—PORTAL—ELÍCEGUI —GAMBORENA—IRÚN—MACHÍN — MUCHACHO — TANDILERO — PEDRÓS —NAPARRETE—CHIQUI- TO DE ABANDO—PASIEGUITO

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, núm. 4. Teléfono 1.114.

—
1894

~~~~~  
**ES PROPIEDAD DEL AUTOR**  
~~~~~

AL LECTOR

Si por la lectura de la segunda parte del título de este librito has deducido que voy á tratar en él de todos los detalles de la vida particular de cada hombre que se enguanta cesta, ciérralo al momento seguro de que no hallarás en él lo que has imaginado; porque nunca ha sido mi ánimo el indagar y mucho menos publicar los vicios y virtudes de cada cual, allá ellos, que yo no soy el llamado á pedirles cuentas de su conducta.

Si por el contrario, haste figurado que lo de *vida íntima* se refiere á aquellos datos ó medios de averiguar la influencia que sobre su manera de ser como *pelotaris* ejercen algunas de sus costumbres, hábitos ó gustos, entonces lee que, aunque muy deficiente la labor que te ofrezco, algo encontrarás en ella que satisfaga tu curiosidad.

EL AUTOR.

CARACTERES GENERALES

I

El adagio castellano que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres», demuestra que nuestros afectos, nuestras pasiones y nuestros gustos son semejantes á los afectos, pasiones y gustos de nuestros amigos.

Parafraseando este dictado, nos será lícito convertirle en éste: «Dime dónde naces y te diré cómo eres», porque, en efecto, los hombres que desde niños reciben buena educación, conservan siempre vestigios de ella aun en el momento de cometer actos groseros y repulsivos, mientras que los nacidos entre gente que carece de esta noble cualidad, aunque pretendan conducirse con toda clase de miramientos, siempre aparecerán torpes y ordinarios.

Esta distinción es también muy de tener en cuenta en los individuos que viven en las ciudades entre el bullicio, la civilización y la vida, y los que se crían en remotas aldeas entre la soledad, la ignorancia y la anemia completa de toda idea de cultura.

Los pelotaris, nacidos todos ellos entre los ingratos riscos y los agrestes montes de la Vasconia, hijos casi todos de familias pobres, y, por consiguiente, sin principios sociales, parece como que llevan en su sangre la vitalidad salvaje de la savia que alimenta á aquellas encinas y aquellos robles.

Son rústicos en sus palabras, en sus obras y en la manera de conducirse con los demás, y conservan las malas cualidades del aldeano taimado y de *gramática parda*, habiendo perdido en su afán de lucro hasta la noción más sagrada de la honradez, virtud característica de los hijos de Aitor (1).

De un país donde apenas se oye una mala palabra, es extraño que hasta los espectadores menos escrupulosos tengan que taparse los oídos al oírles ciertas... (exclamaciones), que ofenden siempre á personas bien nacidas.

Orgullosos en el triunfo, creen siempre que tienen derecho indiscutible á los aplausos, y pocos son los que en la cancha dan muestras de agradecerlos; orgullosos también en la derrota, se tornan airados contra alguien que les haga muestras de desagrado, como si fueran inviolables.

Tacaños por naturaleza, no conciben la esplendor, propia de almas grandes y corazones generosos, y ya que las *pruebas* cantan, allá van dos ejemplos que demuestran la verdad de nuestros asertos: Refirióme en cierta ocasión una persona, que hallándose en Buenos Aires cuando el juego de pelota llegaba al cenit de su apogeo, tuvo noticia del hecho siguiente: Había en dicha localidad un

(1) Hay excepciones, afortunadamente.

individuo, vascongado, muy amigo de los pelotaris, pero que no contando grandes bienes de fortuna y siendo muy aficionado á asistir á los frontones, tenía que hacer grandes sacrificios para conseguirlo; los pelotaris, movidos á compasión, reuniéronse un día y elevaron una solicitud á la empresa, firmada por casi todos, con objeto de que, por las condiciones especiales de aquel individuo, le otorgase un pase de libre circulación; la empresa contestó, que ella no podía por completo eximirle del pago de su billete, pero que estaba dispuesta á subvencionar á prorrata con todos los firmantes el precio de la localidad... ¡Ningún pelotari volvió á decir esta boca es mía!

El segundo ejemplo, de distinta naturaleza que el anterior, se reduce á referir á ustedes, que un pelotari (de los de 750 pesetas) estuvo debiendo conscientemente el año pasado en Euskal-Jai á la mujer que vendía naranjas, caramelos y otras chucherías, dos reales durante una semana. ¡El pobrete no tenía suelto!

Merece también dar á conocer á los lectores la manera de ser de los *chistoroides*, con respecto á la prensa:

Un día acercóseme uno de ellos diciéndome en tono airado: *¿Cuándo voy yo á salir en «El Pelotari»?* (sic), le pregunté si se había retratado y me contestó: *¿Para qué, pues, me voy á retratar?* Pues sencillamente (añadí), si no envías á la administración un retrato tuyo es imposible *que salgas en «El Pelotari»*, porque no va el fotograbador á inventar tu linda cara; quedóse un rato pensativo y me dijo: *«Pues*

entonces no voy á mandar»; dió media vuelta y desapareció.

Otro, me exigía cuentas una tarde en la siguiente forma: *¿A usted quién le ha mandado ponerme en «El Pelotari? A mí que me ha dado la gana, respondí. «Pues sin mi permiso no había usted sacao».*

—Tu permiso es para mí la carabina de Ambrosio; tú eres un artista que por *precio* expones al público tu habilidad, y no tienes más remedio que aguantarte.

En cierta ocasión, encontrándonos reunidos en un frontón de esta corte varios representantes de los principales diarios y casi todos los revisteros de frontones, ocurriósenos á dos ó tres enguantarnos sendas cestas, con objeto de dar cuatro pelotazos; algunos pelotaris, cuyos nombres no cito, se apercibieron en seguida para no dejarnos dar pelota, y cuando alguna botaba en nuestra jurisdicción, á la voz de «no le dejes» (en vascuence) del que hacía de jefe de aquella cuadrilla, acudía el que se hallaba más cerca, y con incomparable destreza nos impedía darla. ¡Qué amables se muestran con los que les ensalzan y les han colocado en el pináculo de la gloria!

En otra ocasión, hace ya tres años, estaban sentados una noche en el café del teatro de Apolo varios conocidos pelotaris; uno de ellos leía la revista del partido jugado aquella tarde, en un popular diario de la noche, y como el periódico censurase la conducta de uno de los allí presentes, el aludido exclamó, con el mayor desprecio: *«Si le hubiera dado cinco duros, entonces me pondría bien.»*

Este equivocado juicio que tienen formado de los periodistas, mucho más dignos, honrados y caballerosos que la mayor parte de ellos, trasciende á todas las conversaciones y á todos sus actos; yo sólo les propongo, para terminar este asunto, una buena apuesta, cuyo tema será: «á que por un paniaguado periodista que venda sus favores (creo que no le haya) hay **veinte pelotaris tonguistas**».

Otra de las condiciones que les caracteriza, es la poca seriedad en el cumplimiento de sus obligaciones; un torero, basta que se comprometa á torear en tal corrida en tal pueblo, para que se tenga seguridad de que asiste (y eso que ahora se dan casos de lo contrario); pero un pelotari, como le den cincuenta duros más en otro lado, *deja colgada* á la empresa con la cual se hallaba comprometido de antemano: todos los aficionados recordarán los diversos litigios sostenidos por las empresas de Euskal-Jai, Fiesta Alegre y Beti-Jai, por falta de cumplimiento de contratos, y los nombres de algunos pelotaris representan otros tantos pleitos ventilados ante los tribunales de justicia. Esta manera de ser hizo exclamar á Arana en cierta ocasión: «He sido empresario de cómicos, toreros y danzantes, pero nadie me ha dado tanta guerra como los dichosos pelotaris.»

Y esto no depende sólo de su extremada avaricia, sino del convencimiento del valor propio (aunque ahora van amainando algo), pues se creen que son los dioses del siglo XIX, y que á ellos no obliga el cumplimiento de leyes divinas ni humanas; ple-

beyos endiosados, como alguien ha dicho oportunamente, llevan inherente á su naturaleza esa soberbia, propia del que, no habiendo sido nunca nada, se encuentra repentinamente dueño de cuantiosas sumas.

La unidad de estos caracteres comunes hace nacer la solidaridad entre todos, que tiene, además, sus raíces en la pretensión de conseguir los mismos fines con idénticos medios.

II

La honradez inmaculada es el atributo más hermoso de los hombres bien nacidos, y en todas las esferas de la vida condición *sine qua non* de la confianza de nuestros semejantes; si esta honradez se pone en duda por alguien que nos vigila, nuestro nombre se mancilla y se cotiza con desventaja en el mercado de los hombres decentes; si la duda reviste caracteres, no sólo de verosímil certeza, sino de probabilidad casi real, entonces el estigma de la infamia se dibuja en todos nuestros actos y en todas las manifestaciones de nuestro ser.

En la profesión (llamémosla así) de pelotari, es tan difícil sustraerse á influencias sospechosas del público, que pocos, muy pocos jugadores de pelota conservan hoy día un nombre incólume; ¿depende esto acaso de la sagacidad injustificada (de parte) de dicho público? sí, á medias; pero desgraciadamente, también depende de *horrendas* historias que, contadas de boca en boca, han repercutido en los oídos de todos los aficionados al sport vasco.

¡Si las desgajadas y negruzcas paredes del primitivo Euskal-Jai hablasen, acaso nos darían mi-

nuciosos detalles de asquerosas componendas, bajadas entre ciertos *señoritos* (de ropa) y algunos pelotaris, que para ignominia de sus compañeros todavía juegan partidos en los frontones del Norte! Esta sagacidad injustificada, nótase señaladamente en algunos *puntos* que cuando observan una pifia ó errada gritan y vociferan, calificando, á ton-tas y á locas, de *tongo* á lo que no es más que un azar, mala suerte ó desgracia, y si por casualidad esta desgracia trasciende luego en la pérdida del partido, no hay duda para ellos, ha habido verdadero *tongo*; si aquellas pifias ó erradas no se repiten y el que las hizo gana, entonces..., entonces se me-san los cabellos con coraje y exclaman para sus adentros: «para qué habré sido tan desconfiado.»

Estos *puntos* son también los causantes de casi todos los escándalos; son los primeros en andar en pos de los pelotaris, y unas veces con halagos y promesas, y otras con amenazas, consiguen en muchas ocasiones hacerles comer del fruto prohibido del árbol del *tongo*; ellos son los que escriben anónimos cobardes, y de entre ellos, indudablemente, salió aquel *valiente* que el año pasado, llevando oculto debajo de la capa un cuchillo de grandes dimensiones se lo mostró á cierto pelotari, diciéndole: «esto para tí si ganas el partido.»

¿Pero, por ventura, porque estos tonguistas de cancha afuera merezcan estar en la cárcel, se va á eximir del tanto de culpa correspondiente á quienes seducen sus halagos ó temen sus amenazas? Indudablemente que no; aquéllos inducen al crimen, éstos lo ejecutan, y para mí, desatendiendo

en este caso opiniones de hombres y libros ilustres, es mucho más culpable el autor que el inductor de un delito, porque éste, á más de abundar en las pasiones é intenciones perversas de aquél, tiene el valor de llevar á la práctica lo que el primero sólo se atreve á idear; en una palabra, posee todas las malas cualidades del primero, más el *valor criminal*, siempre salvaje y artero.

Pero concretemos el asunto y hagámonos esta pregunta, que á alguno parecerá baladí: ¿Existe el tongo? ¿se han hecho algunos?

Al tratar de este extremo la mayoría de los autores que sobre el juego de pelota han escrito, huyen de contestar categóricamente á esta pregunta, y aunque en el transcurso de sus obras se adivina que creen en la afirmativa, nada nos dicen en concreto; yo, aunque no tengo ninguna prueba fehaciente para probar ninguno, ¡ojalá la tuviera, para transcribirla al papel! tengo el convencimiento moral de que sí se han hecho algunos (bastantes); y aparte de los lamentables escándalos ocurridos en el frontón del Retiro, en el Madrileño y en San Francisco, de cuyos frontones ha habido que huir como de la peste; teatro han sido de *manejos clandestinos* casi todos los frontones de España; y ya que á estas afirmaciones he llegado, conviéndeme sentar, porque así lo creo en justicia, que en los partidos de primera y segunda es donde menos *enjuages* se hacen, entre otras razones, porque los jugadores de 750 ó 500 pesetas (ahora del 70 por 100) tienen más educación, criterio, amor propio, nombre, fama y dinero que los mercenarios

chiquillos que por 10, 20 ó 30 duros al mes tienen que mantenerse, vestirse y satisfacer sus vicios, que en la vida de vagancia crecen en progresión alarmante, y para mí tengo, que quienes han perdido la afición y han echado por tierra el buen nombre de los pelotaris, han sido, señaladamente, los empresarios de frontones, que ambiciosos de lucro no han reparado en presentarnos en las canchas precoces jóvenes, discípulos aprovechados del dios Caco.

ROMÁN BELOQUI

Partiendo del supuesto de que el juego de pelota es un arte, hay que reconocer que Beloqui es un artista consumado, y como casi todos los artistas tienen genialidades, no puede menos Román de rendir culto á esta regla general. ¡Cuánto se ha hablado de las *cosas* de Beloqui! Quién defiende á capa y espada todas las travesúras del maestro, considerándolas solamente en su parte estética: quién le tilda de apático é indolente, acaso por el aspecto exterior de su persona, elegantemente desmadejada, y al parecer indiferente á las demostraciones de desagrado: quién cree que es un loco y que el lugar que le corresponde no es la cancha sino el manicomio, pero nadie dice que es un *tonguista* ó canalla, que para el caso es lo mismo. Muy pocos son los jugadores que justa ó injustamente se pueden librar de este dictado; yo, por mi parte, aseguro que nunca he oído poner en duda á persona sesuda é imparcial la honradez de Román. ¿Será, acaso, porque su juego sea siempre igual, seguro, acomodado á las circunstancias, etc., etc.? Nada más absurdo; precisamente, á veces es sublime, á veces

rastrero; unos días fuerte, otros débil; hay partidos en que no pierde pelota, en otros pifia casi todas; hoy hace saques difícilísimos, mañana prodiga las pasadas y las faltas; ¿pues en qué consiste esta apreciación? Aunque á alguno cause risa la contestación exageradamente poética, en que es un verdadero artista que está practicando la belleza con la cesta y la pelota, como otros la realizan con el buril y la cera, con la paleta y el pincel; y como la belleza nos impresiona donde quiera que aparezca, nuestra alma absorta la contempla, la admira, la envidia, quiere poseerla, y seducida por estas halagüeñas ideas, no se fija en lo vulgar, feo ó rudo que la rodea.

Cuando vemos jugar á Román, nuestra vista sigue sin darse cuenta, todos los movimientos, flexiones y escorzos del artista, porque allí encontramos algo que nos enamora.

Al realizar una dejada de esas maravillosas que hacen que todo el público, hasta el que contra él ha apostado, se levante en masa para aplaudir frenéticamente, ¿es acaso la jugada en sí la que se aplaude? creo que no; dejadas han hecho alguna vez casi todos los jugadores delanteros, aparte de que no es jugada tan difícil de realizar, como todos los inteligentes lo saben; lo que allí se aplaude es la inspiración de un momento realizada por el brazo; es el *valor* que presenta al contrario la pelota cerca de la pared y sin fuerza; es la osadía suprema que expone un tanto á merced del azar; es la belleza.

¿Es apático?

Indudablemente que, bien estudiada su personalidad, no convienen con él las condiciones esenciales de la apatía: «el qué me importa», emblema de los apáticos, no aparece nunca en ninguna manifestación de la manera de ser del maestro; ¿acaso porque no haga alardes de desesperación cuando pierde un tanto, porque no se lleve las manos á la cabeza en ademán de arrancarse los cabellos, porque no arroje airado la boína, porque no suelte un *terno* se va á deducir que no siente?

El que en un partido como en el jugado no me acuerdo á punto fijo si fué hace cuatro ó cinco años un mes de Septiembre en el frontón de Abando de Bilbao, teniendo por compañero al incansable Mardura, contra Portal y el Manco, después de llevar éstos gran ventaja, hallándose con el brazo completamente dolorido, se juega en un día el porvenir de toda la vida, y á pesar de su dolencia entra furioso á bolea, prodiga las dos paredes, rasas y cortadas, y consigue igualar y ganar el partido; ¿puede decirse que es apático?

Otro día, habiendo anunciado la empresa de Fiesta Alegre de Madrid un partido mónstruo, tres á tres, hallándose Román en condiciones poco favorables para la lucha, avisó oportunamente que le era imposible jugar, y que perdería el premio con tal de no hacer mal papel.

¿Es apático el que siempre procuraba suspender los partidos en que iba mal; el que se acuesta á las ocho de la noche la víspera de jugar; el que madruga para ensayarse en el revés; el que se revuelve airado contra los jueces (claro que sin ra-

zón) cuando estima que su fallo es injusto; el que siente las protestas del público como él las siente; el que rabia de ira, hierve por dentro y «se metería un cuchillo en la garganta cuando hace una errada», según él mismo ha confesado á un distinguido escritor? Cierto que tiene desmayos inconcebibles, fruto, sin duda, de un temperamento bilioso, que hay días de mala sombra para él; pero también Montes, Lagartijo y Frascuelo han matado algunos toros como podía haberlo hecho el último novillero.

Rarezas, he aquí el nombre de las *cosas* de Beloqui; le he visto empeñado en dar con la pelota á un determinado objeto; v. gr., la boína caída á un compañero, y allí dirigir siempre la jugada hasta que lo conseguía; restar una pelota de dos paredes en las mismas sillas, dar una palmadita en la cara á un espectador, volver á la cancha, restar por segunda vez la pelota del contrario y hacer tanto. Observa que su contrario detiene algo la pelota en la cesta, é imítale en seguida; da la pelota de uno de sus rivales en el tanteador, vuelve á la cancha, es buena, y á renglón seguido intenta Román la misma jugada; en cierta ocasión, en Buenos Aires, tiró siete dejadas seguidas, y una vez en San Sebastián, apostó un café á que dejaba á los contrarios en 44 tantos precisamente.

Ya sé que me objetaréis en seguida: «eso no lo debe hacer un hombre á cuyo favor se juega el dinero», y os contestaré que tenéis razón de sobra, y os recomendaré que no juguéis nunca por él; yo, que soy de los más intransigentes en el juego que

debe hacer cada pelotari, que considero un partido como una lucha sangrienta, como una batalla en que se debe ir á vencer ó morir, no puedo menos de condenar con todas las energías de mi alma tal proceder; pero Dios me libre de achacarlo á otra cosa que á una completa fascinación moral, á una especie de neurosis congénita, á locura si se quiere,

Quedamos, pues, en que Román Beloqui es el artista más inspirado en el juego de pelota, pero algo *chiflado*, como la mayor parte de los hombres de genio.

PEDRO ARRESE-IGOR (Portal).

Pocos pelotaris adolecen del defecto de las alternativas que caracteriza el juego del ex boyero de Irura; hay partidos en que lucha como un verdadero mónstruo, castiga, asegura, coloca y remata los quince como si los contrarios fueran de mantequilla de Soria; en otros, entrega, pifia, marra, anda azorado del ancho al rincón, corre sin fruto y, en una palabra, hace labor de verdadero chambón; sirvan de ejemplo dos partidos jugados en Fiesta Alegre el otoño pasado; en el celebrado el jueves 2 de Noviembre, llevando de compañero á Iturrioz, contra Araquistain y Sarasúa, Portal se mostró activo, fuerte, colosal, mientras que todavía hacía muy pocos días, el 19 de Octubre, jugando con Araquistain, contra Elícegui y Aya, estuvo detestable, y el público le hizo una de las demostraciones de desagrado más ruidosas que hemos presenciado.

Aun en un mismo partido le sucede á veces lo que arriba lamentamos, y en el partido jugado el 14 de Octubre en el frontón antes citado, juntamente con Sarasúa, no daba, como se dice vulgarmente, pie con bola al principio de la lucha, y sus

contrarios, Barriola y Chiquito de Abando, les llevaban el partido *de calle*, cuando repentinamente se volvieron las *tortas*, empezó á jugar fuerte, igualó y ganó fácilmente, dejando á sus rivales en 39 tantos.

Hasta el año pasado en que se jugaron los memorables partidos de desafío en que, en unión del Chiquito de Abando, fué declarado campeón del mundo, todos los aficionados creían, de buena fe, que estas diferencias tan latentes eran fruto de la suerte, del estado físico y hasta de la *jettatura* que sobre él ejercían algunos frontones y algunos públicos; hoy nadie cree en semejantes bagatelas, y cuando juega mal un partido (cosa que suele suceder frecuentemente), opina la generalidad que es porque así le viene en talante. Esta manera de ser hace que cuente con pocas simpatías entre los aficionados, y que á pesar de ser uno de los pelotaris de más facultades, tenga escaso cartel. Todo el mundo duda al verle aparecer en la cancha; el que no juega porque teme muchas veces ver un desastre donde se imaginó ver un partido competido, y el que juega porque no sabe si apostar á su favor ó en contra, y tan es esto así, que he presenciado un partido en donde salió el dinero por él en la proporción de 20 á 13, cambiar rápidamente, porque Pedro pifió los dos primeros tantos.

Otra vez, observé que, habiendo salido el dinero por sus contrarios en la proporción de 20 á 15, se puso en seguida á su favor con gran momio, por que comenzó haciendo algunos tantos de saque.

Todo esto nos demuestra, como ya he apuntado más arriba, la incertidumbre, el desconcierto que se

apodera del público al ver pisar la cancha á Portal, á quien todos temen, pero en quien nadie confía.

Yo no sé si á causa de su amistad con el Sr. Arvide, co-empresario de Beti-Jai, ó porque como alguien aseguraba tenía también su parte en aquella empresa, es lo cierto que en la primavera última corría de boca en boca la especie de que procuraba siempre, en los partidos que tomaba parte, hacer oscilar repetidas veces el dinero á favor de uno ú otro bando; por mi parte, no me atrevo ni á afirmarlo ni á negarlo, pero sí he de hacer notar, por si alguno no lo sabe, que, en efecto, fuera ó no intencionado, el hecho existía, y siempre que jugaba Portal la taquilla hacía su agosto, v. gr.; en el partido entre él y Franchesa contra Gamborena y Pasieguito, en el que cambió el dinero siete veces. Alguno objetará que esto no es fácil hacerlo, pues se necesita un dominio muy grande sobre los contrarios, cosa que no es probable obtener en las combinaciones bien hechas, pero también hay que tomar en consideración que Portal es un sacador de primer orden, y con pelotas finas y en la cancha de Beti-Jai (que parece hecha exprofeso para los sacadores) tiene inmensa ventaja.

A pesar de todos estos lunares, hay que reconocer que Pedro Arrese es uno de los pelotaris de más amor propio, cosa en verdad que parece paradójica, y tan es así y tan poseído se halla de su propio valer, que para él no hay otro pelotari mejor que sí mismo, y le oiréis hablar de Gamborena como Goliat podría hablar de un pigmeo, y le oiréis hablar de Irún con un tono de protección que da risa;

este amor propio, unido á su astucia, le han hecho ganar todos los partidos de desafío que ha jugado, excepto uno, en que quedó en 49 porque su compañero estuvo muy desgraciado.

En cuanto llaman á desafíos, allí está Portal dispuesto todavía, según he oído de sus propios labios, á jugar con el Chiquito de Abando contra otros dos que se presenten, ó á jugar solo, mano á mano, contra cualquiera que se ate cesta.

Á primera vista, y como consecuencia de las relaciones que le unieron en tiempos pasados con el Chiquito, era de presumir que le ligasen con él vínculos de amistad sincera, pero, sin embargo, no es así; durante la primavera pasada estuvieron enemistados largo tiempo, y llegaron á ponerse tan mal las cosas, que casi se temió una cuestión seria entre Perico y una persona muy allegada al zagüero de Abando; luego, creo que se han limado las asperezas, y eso sí, para jugar un desafío no admite otro compañero que su Angel tutelar.

Hablándole cierta persona hace pocos días de esta cuestión de los desafíos, explicó Portal, en su castellano pintoresco, todas las medidas que adopta antes de jugar uno:

En primer lugar, se establece con su compañero, si puede, quince días antes en el frontón que va á ser teatro de la lucha, y ensaya dos ó tres horas por la mañana, sacando de la manera más terrible y variada que tiene en su repertorio, Angel le resta, y así se pasan la mañana; consiguiendo dos fines: primero, afinar el saque, y segundo, hacer adquirir al Chiquito seguridad en el resto.

A medio día, Perico come una chuleta y bebe un vasito de vino, y vuelta á sacar y vuelta á pelotear con su compañero; esto mismo estuvo haciendo durante los dos meses que precedieron á los ya citados desafíos. Con este sistema, y sabiendo al detalle lo que jugaban por aquel tiempo Irún y Tandilero, Pedrós y Gamborena, adquirió tal convicción del próximo triunfo, que decía á todo el que le quería oír, que *iba como á robar*.

Cuando está en Irura y tiene que jugar aquel día, se levanta de madrugada, coge la escopeta, y en compañía de su sabueso, que por cierto goza de fama entre los cazadores de aquellos lugares, se dirige al monte, y trepando por aquellas lomas y subiendo y bajando aquellos cerros se pasa seis ú ocho horas, hasta que llega la hora de ir á San Sebastián. ¡Pero hombre, llegará usted muy cansado para jugar el partido! se permitió objetarle la persona á quien esto contaba, á lo que respondió el hombre de los músculos de hierro y pulmones de acero: *«así ando más suelto y mejor.»*

Todos estos datos que llevamos estudiados, unidos á algunas particularidades de su carácter que no son del caso relatar aquí, nos sirven de base para establecer como conclusión, que el hombre como el pelotari, es basto y ordinario; reservado en las conversaciones en que no le conviene hablar de más, y locuaz cuando habla de sí mismo, ó cuando censura defectos de Irún. Y sobre todo, el hombre de los desafíos y el pelotari mónstruo cuando se ata la cesta al brazo para jugar 5.000 duros.

VICENTE ELÍCEGUI

Hace ocho años, cuando no había en Madrid Jais, Euskals ni Betis, cuando aún no se hablaba de *tongos*, conocí una mañana en un precioso pueblo de Vizcaya al hoy popular delantero cuyo nombre encabeza estas líneas. Muchacho robusto y fornido, alto, ancho de espaldas, de cara fresca é inocentona, de mirada franca y casi cándida, su figura era en extremo simpática, y desde luego predisponía en su favor.

Aquel día iba á luchar, mano á mano, con el rey de los pelotaris, el gran Chiquito de Eibar. Los eibarrenses y los renterianos acudieron en gran número al teatro de la lucha, y Elgoibar, Vergara, Ermúa, Elorrio, Zornoza, Marquina y casi todos aquellos pueblecillos tuvieron no escasa representación.

Á la hora prefijada se lanzó al aire la tradicional onza de oro y comenzó el partido, cuyos lances no he de relatar aquí, pero sí he de hacer notar que Vicente obtuvo la victoria, y que desde entonces su nombre se pronunciaba con entusiasmo en todos los rincones de aquellas nobles provincias Vascas.

Había derrotado al Vergarés y al Chiquito de Eibar; sólo le faltaba vencer al Manco para ser proclamado el primer pelotari; jugó, en efecto, con Pedro Yarza, pero la suerte no le fué propicia y perdió el partido.

En aquel otoño fué cuando la afición á la pelota llegó á todo su apogeo en Bilbao, y cuando al mismo tiempo que Vicente, se llevaban las palmas y eran traídos como oro en paños Baltasar, Mardura, Beloqui, Portal y los ya citados, Vergarés, Chiquito de Eibar y Manco de Villabona, con algún otro que no recuerdo.

Es de advertir que entonces Elícegui era zague-ro, y que con el Chiquito de Eibar formaba una pareja formidable, que luchó, sin tregua ni descanso, repetidas veces contra Baltasar y Mardura; estableciéndose entonces en Bilbao la competencia encarnizada entre eliceguistas y marduristas, que hasta en la prensa tenían su palenque y sus armas: en *El Pelotari* los unos y en la *Cancha* los otros.

Entonces, en cafés, casinos, círculos, tertulias, en los escritorios, en el Puente, en el Arenal, en la Plaza Nueva, no se hablaba de otra cosa que de la habilidad de los pelotaris, sin que nadie osase, ni en broma, poner la menor traba á su honradez.

¡Qué tiempos aquellos más hermosos!

Vicente entonces era sencillo, noblote y bonachón, y para ponderar la pureza de sus costumbres, he oído citar muchas veces el caso aquel famoso, en que arguyendo con sus puños procuró salir de cierto lugar, no muy santo, á donde con notorio engaño le había llevado algún fullero malandrín.

Hoy sigue siendo también francote y buenazo, pero algo refinadas sus costumbres, por el trato con personas bien educadas, más que un artesano á la *pata la llana*, parece un campechano burgués.

Con poblada barba, bien trajeado, con sombrero hongo y con su bastón, Vicente es el pelotari de aspecto más respetable y majestuoso.

Á todos los demás se les tutea por ahí como la cosa más natural del mundo; á Elícegui, hasta los mismos compañeros, los que con él han hecho sus primeras armas, le llaman de usted.

¡Al escribir ahora de él, me cuesta mucho nombrarle sin el Don antepuesto al Vicente!

Yo, que conozco muy de cerca su vida de pelotari, en la que tantos aplausos ha conquistado, conozco también algo la historia del hombre, que por cierto se adivina sólo con mirarle á la cara.

Así es que no me costará mucho me crean ustedes si digo que, además de las cualidades de nobleza y bondad que le distinguen, como consecuencia inmediata, Elícegui es todo un caballero, que juega siempre á ganar. Atravesaba dinero antes, cuando era lícito, en su favor en muchos partidos, pero siempre sin martingalas, con algún amigo espectador, como lo hacían algunos pelotaris, pues á él mismo he oído decir que es muy feo el acto de *cubrirse* un pelotari que está en la cancha jugando, por malas que sean las condiciones en que se halle el partido. Hoy, desde que se ha prohibido á los pelotaris apostar (por cierto que encuentro la prohibición absurda), cumple religiosamente el precepto gubernativo.

Es el más fino de los jugadores de pelota, y todo el mundo sabe lo solícito que se muestra siempre en dar las gracias cuando se le aplaude, nunca habla mal de nadie y siempre encuentra algún mérito en la labor de sus compañeros, y añadiendo que es muy amigo de usar en la conversación epítetos retumbantes; que es aficionado al *bell canto* como un distinguido *dilletanti*, que le agrada pasearse por el Retiro, y que le gusta comer bien; creo que he dicho todo lo que sé del jugador que con más elegancia usa del revés-aire.

VICTORIANO GAMBORENA

Todos los autores que han tratado en sus escritos de este célebre pelotari, nos le presentan dándonos detalles de su cuerpo feo, raquítico y desproporcionado, para que comparándole con su juego bonito, lleno de vida, armónico, resalte más su mérito de pelotari. Yo, aunque no creo que Victoriano es tan feo como dicen, opino como todos los demás en cuanto á la brillantez de su juego; y como mi objeto al presentar al público á los principales pelotaris no es el hacer una semblanza de sus cualidades físicas, sino señaladamente de sus cualidades morales y averiguar el influjo que puedan tener éstas en su manera de ser, no he de hacer constar aquí más que de paso, que Victoriano es un jugador ágil, seguro, valiente en el revés-aire, de inteligencia sin par, fuerte en las ocasiones en que hace falta serlo, y en suma, que posee como ninguno el dón de dominar toda clase de juegos y jugadas de que se sirve cuando ha menester. Si la comparación se permite, y creo que sí porque es exacta, podemos decir de Gamborena, como pelotari, lo que autorizados labios han dicho de Gue-

rrita como torero; es decir, que sin ser la última palabra en cada una de las manifestaciones del arte es, sin embargo, el que las practica en conjunto con más perfeccionamiento.

No tiene la majestuosa bolea de Irún; el potente revés-aire de Vicente Elícegui; el terrible saque de Portal, pero tiene aceptable bolea, buen revés-aire, un discreto saque y un bote pronto, sólo comparable con el de Machín.

Las cualidades morales que más ensalzan el nombre de Victoriano, las que le han hecho captarse siempre las simpatías de los públicos, las que le han proporcionado ovaciones delirantes, enhorabuena cordiales, abrazos sinceros, han sido su entusiasmo por vencer sin dilaciones ni excusas, su amor propio, defendido siempre con la punta de la cesta, y su honradez acrisolada, nunca desmentida ni vilipendiada por nadie.

¿Quién como él ha ganado en Madrid (ni en parte alguna) 36 partidos de 42 jugados en una temporada? y no se achaque el triunfo á la suerte, á las combinaciones favorables, á la desgracia de los contrarios, etc., etc. Victoriano venció, porque es la viva encarnación de la voluntad de hierro puesta en juego por un brazo hábil y diestro; porque esta poderosa voluntad hay muy pocos pelotaris que la tengan, porque Victoriano tiene sangre, nervios, vida, y muchos de sus compañeros, acaso por influencias de temperamento, ó por otras causas..., son un odre de linfa.

¿Quién en escorzos felinos salta á dos metros del suelo ó trepa por la pared y engancha una pelota

perdida? se dirá que esto consiste en la agilidad, y yo contestaré que hay otros ágiles que no lo hacen.

¿Quién es capaz de correr á la zaga, encestar en los cuadros medios, ó acudir á las dos paredes cuando sus compañeros fallan, como sucedió en cierto partido de triste recordación para la empresa, allá por la primavera de hace dos años en el frontón de Fiesta Alegre?

¿Quién procura como él buscar todas las ventajas justas y amaños lícitos para alcanzar la victoria, v. gr., el escoger escrupulosamente pelotas muertas, etc.?

¿Quién en un partido completamente perdido, no sólo no desmaya, sino que juega el último tanto con la misma fe que el primero?

¿Y cuando jugó en Madrid el partido de desafío con Pedrós, contra Portal y el Chiquito? ¿Y cuando con Navarrete se atrevió, el año pasado, contra la pareja invencible? ¿Y mil y mil veces más?

En casi todos los partidos en que el dinero no sale por Gamborena, hay que notar que se pone por él en el transcurso del partido, y éste es el argumento más poderoso para apoyar nuestra tesis.

Además, es un muchacho sencillo y franco, y diciendo lo que siente suelta á veces verdades de á folio aunque escuezan á cualquiera, es atento y fino, respeta y acata siempre los juicios de la prensa, á quien considera como lo que debe ser, necesario dique que contenga las impetuosas olas del mar borrascoso de las canchas.

Tiene también como cualidad inapreciable, la de no jugar dinero en los partidos.

Agradece mucho los aplausos y no teme las amenazas; y á propósito, recuerdo el contenido de un anónimo que se le dirigió una tarde que tenía que jugar en Beti-Jai, y que el intendente tuvo á bien enseñarme; en él se le decía poco más ó menos lo siguiente: «Hoy tienes un partido que puedes perder sin que á nadie choque, pues es muy fuerte para tí (así era en efecto); procura salir por delante de manera que yo pueda jugar en buenas condiciones en contra tuya; si así no lo haces, te juro que, como nada tengo que perder, pues ya me he arruinado completamente, te juro que no has de vivir veinticuatro horas.»

En efecto; Victoriano salió *pegando* de una manera terrible, y llegó antes que sus contrarios á la primera y segunda decena; pero... después..., después *pegó* todavía más, y llegó á la tercera, cuarta y quinta, dejando *hechos polvo* á su rivales.

Lo que á un hombre de pelo en pecho hizo llorar y perder un partido lleno de miedo, á un chiquillo como Victoriano le tuvo sin cuidado.

Después del partido le dije en broma: *Menuda zurra te van á dar hoy*; y me contestó: «*que vengan, que vengan, que ya les daré yo anónimos y ocho cuartos.*»

JUAN J. GOROSTEGUI (Irún).

El antiguo herrero que doblaba en la fragua el hierro candente como si fuera cera; el que levanta á un hombre de siete arrobas, sólo con la fuerza de sus piernas; el que de un puñetazo es capaz de derribar un castillo; el atleta de las canchas; el delantero más vigoroso de los que han existido y existen: es también el pelotari que posee carácter más fuerte y varonil.

Ferviente devoto de San Huberto, posee esa entereza de ánimo y severidad de continente que tanto distingue á los hombres de campo.

Su busto, de líneas enérgicas y casi rectas, sus brazos de los cuales parece se quieren saltar los músculos, y sus piernas de acero contrastan algo con su cara escuálida y flaca, pero que denota al momento la vitalidad exuberante de todo su sér.

Nacido en Irún, abandonó su pueblo natal al casarse con la bella eibarresa que hoy comparte con él las glorias de sus triunfos y las amarguras de sus derrotas, y vive en Eibar, destinando los días que le dejan libres las empresas á cazar liebres con los sabuesos, ó á pescar truchas con el esparavel.

Observa una vida en extremo arreglada: Es muy parco en sus costumbres; come bien, pero sin la glotonería que distingue á algunos de sus compañeros; bebe poco, y puede asegurarse que nunca se le ha visto *alegre* por causas extrañas á la completa satisfacción y bienestar moral.

Ahorrador como pocos, cuenta con una bonita fortuna, que sin ser muy cuantiosa es lo suficiente para subvenir á todas las necesidades de su familia.

No le domina el vicio del juego; sólo, y meramente por pasar el rato, es aficionado á jugar al tute arrastrado ó *indómito*, como le llaman en la tierra del *chacolí*. En los partidos, si alguna vez apuesta á su favor, lo hace de una manera franca y á sabiendas de todo el mundo.

Refractario á vestir de *caballero*, con un terno bueno, pero sin ajustes ni hombreras (que no necesita), con camisa generalmente de color y cuello bajo, como modesto burgués, con la boina coquetonamente echada hacia el lado izquierdo, con rica cadena, diminuta cesta de oro que lleva engarzada una perlita (que figura la pelota) por alfiler de corbata, Juan José posee esa elegancia innata que, aparte modas y figurines, distingue tanto á los artesanos mozos vascongados vestidos de día de fiesta.

—¿Por qué no te pones sombrero?—le dijo un día un amigo suyo.

—*Acaso me da bien ó qué, cada uno como su clase...* Esta contestación, que tiene mucha miga, demuestra también la noble rudeza de su carácter.

Irún tiene un amor propio quizá excesivo; es orgulloso; apenas trata con jugadores de inferior ca-

tegoría, á quienes mira por encima del hombro; hace á veces desplantes de muy mal gusto; y recordarán, á propósito, aquellos de mis lectores que estuvieron presentes la primavera pasada en un partido jugado en Beti-Jai por él y Pedrós, contra el Chiquito de Abando y Portal, en que llevando ya gran ventaja, próximo á finalizar el partido, exacerbado acaso (como dijo después) por algunas palabras que con Portal había tenido, sacó los dos últimos tantos sin fuerza ni vigor, pelota bombeada y al medio, como diciendo: «Ahí tenéis un buen saque, vosotros los invencibles, los que tanto os habéis jactado de vuestra superioridad; los únicos grandes hoy quedáis pequeños ante la fuerza de mi brazo, hoy os venzo y por misericordia y compasión os entrego blanda y muerta la pelota.»

Al día siguiente le dijo á Angel Bilbao, que se había resentido de esta *fanfarronada*, «Oye luego sin tomar mal por aquello que por tí no ha hecho yo.»

Censúrasele también á Juan José, la falta de formalidad en el cumplimiento de sus contratas, y sabidos son los mil y mil *líos* que siempre ha tenido con las empresas.

Desde aquella famosa *conjura* de casi todos los pelotaris contra él, ha sostenido varios litigios, y los dueños de frontones se lo han disputado hasta en los tribunales de justicia.

¿Y su honradez? Llegamos á la cualidad principal de todo pelotari y que yo creo que la posee Irún en alto grado, á pesar de que alguien, que con escrúpulo lleva un libro verde, nos cite el partido jugado en Jai-Alai el 26 de Marzo del año pasado,

en que jugaron Juan José con Salsamendi, contra Portal con Iturrioz, partido en que empezó nuestro héroe á jugar con mucho coraje y llegó á apuntarse 26 por 12 sus contrarios, y perdió el partido, quedando en 36; es decir, que hizo diez tantos mientras sus contrarios 38, y aquel otro de Fiesta Alegre, jugado el 6 de Mayo, en que con Igueldo quedó en 38, contra Saraúa y Franchesa, después de haber dado la cátedra por él un momio de doble á sencillo al principio del partido.

También se cita, con respecto á este particular, el caso de haber sido expulsado de un frontón de Buenos Aires (creo que del Nacional), y haber tenido el interesado, según me han dicho, sin que yo responda de su certeza, que acudir hasta á implorar la protección de la autoridad más alta de la nación para que le admitieran de nuevo; pero como las cosas deben estar siempre en su punto, he de contestar á los que tal dicen, que el motivo de la expulsión fué el siguiente: Hallándose enfermo Juan José, ó no dándole la gana de jugar, que para este caso concreto es lo mismo, avisó poco tiempo antes de empezar que no podía ó no quería jugar; la empresa, viendo que sus intereses iban á sufrir grandes perjuicios, obligó al pelotari á salir á la cancha para dar comienzo al partido; Juan José, lleno de rabia, acercóse á varios grupos de espectadores diciendo que no podía jugar, que estaba mal, que no apostasen por él, y no recuerdo si se jugó el partido ó se suspendió, en vista de esta actitud de Irún, pero el caso es que éste fué el motivo de su expulsión. Ahora bien: ¿A un hombre que dice á todo el

que le quiere oír antes de comenzar el partido que va á perder, se le puede tachar de otra cosa que de altivo, terco ó empeñoso? creo que no; y conste así para la defensa de uno de los pelotaris que mejor defienden el dinero del público.

Un jugador de su posición, de su entusiasmo por el triunfo, debe estar libre de toda nota que empañe su nombre, y quien como él dice, creo que aludiendo á alguien, «que el día que tenga malo el brazo se retira, por no recibir aplausos de compasión», podrá ser un hombre algo fatuo y orgulloso, pero no sin dignidad ni amor propio.

CASTO SUINAGA (Machin).

Confieso que hasta el año pasado Machín era un pelotari muy mediano, y en el que el público tenía muy poca confianza, por su juego azorado, voluble, pifiero, y acaso porque alternando con jugadores de dudosa reputación su nombre se barajaba indistintamente con el de ellos. Pero desde que rompiendo los moldes generales, Machín brilló como estrella de primera magnitud en aquellas famosas tardes de Euskal-Jai, en que consiguió ganar nueve partidos seguidos, luchando contra las mejores parejas, desde entonces el nombre de Casto Suinaga es el nombre del pelotari sobresaliente y del hombre honrado.

Por desgracia, durante el verano, resentido del brazo una tarde que jugó en Bilbao, ha estado olvidado de todos, lamentando su desventura en el pintoresco pueblo de Vizcaya que le vió nacer.

Después que se jugó el para él infortunado partido, las lágrimas inundaron sus ojos, y en sentidas frases de amargura dolióse de haber defraudado las esperanzas de los bilbaínos, que tanto esperaban de su reputación, tan repentinamente adquirida.

Lo que yo siento, decía el, no es el dolor del brazo, que desde los primeros tantos me ha impedido entrar bien de bolea; lo que me apena es que aquí en mi país, en Bilbao, haya hecho un papel tan desairado.

Mil frases de cariño y consuelo, prodigadas por sus amigos, no bastaron para contener el raudal de lágrimas que brotaban de sus verdosos ojos, y en el camino de Achurí y en la estación, y después en el tren que le había de conducir á Ermúa, daba rienda suelta á su dolor, como un inocente niño á quien el maestro ha pegado en la escuela. Pocos días después, una tarde en que se jugaba un partido en Durango, en que tomaba parte un primo suyo, niño de corta edad, hablándole yo del estado de su brazo, me contestó, fijando en mí su melancólica mirada: «Estoy muy mal, tengo muchos dolores, y Dios quiera que pueda volver á jugar.»

En esta última frase, dicha como él la dijo, y que por galana que fuera mi pluma no podría describir el sentimiento y amargura que en sí encerraba; se manifestaban todas las anhelosas ilusiones de su vida, el ser buen pelotari durante algunos años para alcanzar una posición desahogada á su anciano padre y á sus numerosos hermanos, á quienes quiere con delirio.

Por fortuna «ha podido volver á jugar», y aunque no de una manera brillante como antes, ha dejado satisfechos hasta á los aficionados más exigentes; últimamente, según noticias, parece que otra vez comienza á resentirse algo del brazo, y desgraciadamente, si juega con frecuencia tendrá que sufrir

muchas veces estos contratiempos, pues su constitución enfermiza, la debilidad de su brazo, están reñidas con el juego limpio, abierto y franco de punta, que es su arma poderosa.

.

Humilde como ningún pelotari, Casto nunca ha creído en su propio valer, y muchas veces ha dicho que Irún, Portal, Beloqui, Muchacho, Elícegui, todos los delanteros son muy superiores á él.

Cuando gana un partido fuerte, hace elogios del zaguero, achaca la victoria á la fortuna y nunca ensalza méritos propios; por el contrario, si pierde suya es la culpa toda, el compañero ha hecho lo posible, él ha sido...

Los que conocemos algo los vicios y defectos de los pelotaris, no podemos menos de entonar himnos de alabanza á esta modestia tan grande, que sólo por ella debe ser Machín uno de los jugadores más simpáticos á los ojos del público.

Amigo de los suyos, siempre se muestra espléndido en las ocasiones y caritativo con los necesitados.

Leal en el cumplimiento de su palabra, nunca ha dado que hacer á ninguna empresa ni á ningún Intendente; en cambio, hay frontón en Madrid donde ha jugado algunos partidos que no ha cobrado, sin duda por la cortedad de su carácter.

Poco amigo de juergas y libaciones, observa una conducta intachable, reservándose siempre para tener todas las condiciones físicas posibles para jugar un partido.

Respetuoso con los periodistas que le juzgan,

crea que cuando le censuran es que lo merece y cuida mucho de fijarse en los defectos en que aquellos hacen incapié para corregirse inmediatamente.

Hay quien censura en él lo que se ha dado en llamar *sensiblería hipócrita*, sin duda porque muchas veces llora hasta en la cancha; pero los que tal dicen no conocen á Machín, al sencillo muchacho, lleno de entusiasmo é incapaz de fingir lo que no siente su corazón, no comprenden que la doblez é hipocresía son propias de almas avezadas en las luchas de la vida, y no están penetrados de la belleza de alma del pelotari de Ermúa.

Una mañana le encontró cierto amigo mío en la calle de Carretas (andando deprisa, pálido, sin mirar á nadie, atropellando á todo el mundo), y agarrándole por la solapa le detuvo y dijo:

—¿A dónde vas tan deprisa?

—A mandar al padre nada menos que 6.000 pesetas que he ganado estos días.

—Pero, hombre, vete con calma, aguarda...

—¡Ah, 6.0000 pesetas para el padre!— exclamó, y desapareció en dirección á la Central de Correos como un cohete.

MUCHACHO Y TANDILERO

Como no se concibe á Pilades sin Orestes, á Castor sin Polus, á Sagasta sin Pablo Cruz, no se concibe á Muchacho sin Tandilero, ni á Tandilero sin Muchacho; son dos nombres que siempre se pronuncian unidos, que juntos figuran en los carteles y que han constituído por mucho tiempo la auténtica pareja americana que ha luchado con entusiasmo, aunque no siempre con fortuna, contra Irún y Portal, contra Gamborena y Pasieguito, contra Elícegui y Cosme, contra Naparrete y Machín y contra todas las parejas que les han presentado los Intendentes.

El juego de Tandilero es sobrio como su persona; parado y tranquilo como sus palabras y manera de hacer las cosas; elegante como su figura. El de Muchacho es impetuoso como su temperamento; vivo como sus nervios; inocente como su alma de niño. El primero es serio y callado; el segundo alegre y locuaz; aquél reserva muchas veces sus fuerzas en el partido para cuando haya menester de ellas; éste es capaz de reventar en el primer tanto; Pedro nunca se ha caído en la cancha; Sa-

turnino rueda en cada partido cinco ó seis veces, haciendo contorsiones y aspavientos muy semejantes á los que tanto popularizaron á Tony Grice. El zaguero apenas mira al público en el transcurso del partido; el delantero danza de un lado á otro en los entretantos, habla, gesticula, prodiga sonrisas... El de Tandil, aunque esté desgraciado en una jugada no hace ademanes de desesperación ni señales de rabia; el de Berrobi se retuerce, y en escorzos semicómicos mira al cielo en señal de desesperación...

Esta diversidad de caracteres, que tanto se echa de ver en la cancha, tiene también sus diferencias en la vida íntima de cada uno, aunque á fuerza de continuo trato entre sí, parece que ya compaginan sus gustos y costumbres. Los dos son finos en sus modales; de trato nada común entre pelotaris; amigos de codearse con gente de buena posición, nunca frecuentan tabernas ni colmados, sino teatros y reuniones de gente educada. Viven en un precioso entresuelo en la calle de Valverde, solos, independientes como dos señores particulares, y casi nunca van al frontón cuando no tienen partido, sino que ora en la charret de Saturnino, ora en una modesta *manuela*, ora á caballo, pasean por el Retiro, ó por el Prado, ó por la Moncloa, ó por la Casa de Campo. Como ambos han sido jugadores de fama en la época del apogeo del juego de pelota, han hecho fortuna bastante considerable, aunque Tandilero parece que la conserva más crecida y sana.

Un defecto tienen, á mi modo de ver, también común; es el engreimiento personal, que hace que no acepten muchos partidos que les ponen los In-

tendientes, por creer que ellos ya no deben luchar con jugadores de *segunda*. Y recuerdo, á propósito de esto, que cierta empresa se vió y se deseó para que transigiera Tandil en jugar contra Naparrete, que á pesar de ser entonces de *segunda* le ganó casi todos los partidos.

En esta última temporada sus fuerzas han decaído, al parecer, ó mejor dicho han encontrado á su paso pelotaris de más poder y más cesta (los Maüseristas), y por eso hoy juntos creo que no harían el airoso papel que hicieron en otros tiempos.

Á Tandil le hemos visto jugar esta última temporada con algo de desgracia, pero siempre con deseo de quedar bien, y poniendo cátedra del uso elegante del revés. Muchacho también debutó en Jai-Alai hace pocos días, viéndose en él al jugador animoso de siempre.

En cuanto á su fama de pelotaris rectos y decentes, está por encima de todas las suspicacias de la gente *escamona*.

Nunca en la vida se ha dicho nada en perjuicio de su honradez, y no puede ser otra cosa si consideramos su independendencia, su educación, su elevación de miras, su entusiasmo por vencer siempre, su amor propio desmedido, que les ha hecho creer por algún tiempo que eran los indispensables.

JUAN RINCÓN (Naparrete).

Es uno de los pelotaris que con más seguridad y vista juegan en la zaga; generalmente causa grima su pasmosa facilidad en devolver pelotas, y en un monotonó movimiento, que ni es feo ni bonito, sucio ni limpio, engancha con frescura y aplomo lo mismo de revés que de revés-aire. Han corrido muchas especies con respecto al juego de este muchacho: quien cree que juega más que nadie, y que cuando hace mala faena merece censuras sin consideración; yo no creo tanto, pero sí afirmo que no sé á qué obedece en muchas ocasiones el no colocarse á la pelota, el pifiar... como le sucedió en un partido jugado el día 6 de Enero en Euskal-Jai, en que aquel que anunciaron los carteles y salió á la cancha á jugar no parecía ni sombra del auténtico Juan Rincón. Sufrió una inmensa derrota cuando debía haber alcanzado un triunfo, y creo que sin disculpa de ningún género, pues en aquella época se hallaba fuerte y en la plenitud de su juego.

Después, cuando pasó á jugar á Jai-Alai con Sarasúa, Embil, Iturrioz, Uranga y toda aquella gente, perdió tantas facultades, ó le combinaron tan

mal, ó no sé lo que pasó..., el caso es que hizo una campaña verdaderamente detestable.

Cierto que, como me ha dicho él mismo hace poco tiempo, el frontón de la calle de Alfonso XII es muy malo para él, pues corren mucho los botes y no puede enganchar sino pelota pasada, y en estas condiciones tiene muchas desventajas; pero así y todo no le disculpamos completamente.

En Bilbao también se quejaron mucho los aficionados y hasta la prensa de ciertos partidos jugados allá en Deusto por Naparrete, hace algún tiempo, pero de éstos no podemos hablar, porque ni los vimos ni tuvimos detalles de ellos.

De todos modos, y salvo excepciones que para decir verdad no abundan, se puede afirmar que generalmente *brega* con ánimo y valentía, y con el carrillo derecho casi siempre inflado por fatigosos *resoplidos*, vuelve y vuelve pelotas como si fuera una máquina; en el resto del saque duro, rápido y de efecto que usan Portal é Irún, no ha tenido rival.

En la cancha, como fuera de ella, es serio y reservado, nunca riñe al compañero, ni hace desplantes ni *visajes* de mal género.

Es poco comunicativo, vive *por dentro* y en su mirada se adivina una imaginación viva, penetrante y despejada.

Poco amigo del frontón cuando no tiene que hacer en él, gústale más las tardes de los días festivos dedicarse al alegre ejercicio predilecto de Terpsícore.

Amigo de su pueblo como el que más, no pierde ocasión de visitar á Eibar, en cuanto tiene algunos

días libres; cuando juega en Bilbao ó San Sebastián, procura regresar lo más pronto posible á la industriosa villa.

Tiene la suerte de tener allí un padre bondadoso, pero severo, que procura conducirle por camino del bien, tan lleno de rosas para el pelotari de conciencia tranquila. Merced á él, Juan Rincón cuenta hoy con unos cuantos miles de duros, ganados en sus campañas de España y América.

GABRIEL PEDRÓS

Jugador de pelota verdaderamente excepcional por la fuerza de su brazo, por su vista y valentía en enganchar, sobre todo de aire; su juego es notoriamente desigual.

Inseguro hasta hace poco tiempo, no pasaba de un pelotari aceptable los días buenos, pero desesperante cuando una tras otra arrojaba la pelota á la red ó la arena, ó á la *chapa* de falta.

Con las asombrosas facultades que posee ha ido adquiriendo seguridad, y hoy puede decirse que es el pelotari que más juego desarrolla desde la zaga.

Para él no hay contrarios cuando luce el sol de la victoria, lucha como una fiera, castiga de la manera más terrible que imaginar se puede; abate, aniquila, *muele* á los contrarios, que le temen como al mónstruo más grande que ha nacido desde que existe el juego de pelota; le he visto dar ocho pelotas seguidas poniéndolas en 15 cuadros y caer al fin rendido, desmayado, *bufando* en brazos de los jueces, levantarse al poco tiempo y seguir *pegando* y arrollándolo todo, como si tal cosa; jugar contra dos zagueros de primera y rendirlos; con un delan-

tero de ínfima categoría hacer *cisco* á tres pelotaris acreditados; restar un violento saque de Irún y poner la pelota en el rebote de Jai-Alai; enganchar, en este mismo frontón, en los tres cuadros pelota entregada y mandarla al Observatorio Astronómico; estar ensayando en Fiesta Alegre momentos antes de un partido, coger la pelota y haciendo buena mandarla por cima del tejado del frontón.

Pero, sin embargo de todas estas ferocidades que tanto entusiasmo causan al que las contempla; los días en que el sol benéfico no brilla, el león se torna en mansa oveja, las pifias y erradas se multiplican y los espectadores cuchichean, hablan quedo, protestan, silban, sisean, gritan y vociferan con toda la fuerza de sus pulmones.

He aquí la muestra de algunos partidos en que la generalidad de los asistentes al frontón han salido descontentos de la labor del de Orio:

Habla el *Heraldo* del día 1.º de Marzo:

OTRA VEZ LA 'INVENCIBLE'

El laconismo de la noticia que dimos anoche en segunda plana, anunciando sucintamente que Portal y Chiquito de Abando habían vencido á Irún y á Pedrós, dejándolos en 39 tantos, dice mucho en favor de los con razón enorgullecidos bilbaínos, y muy poco en pro de los fervientes apasionados de la pareja vencida.

Claro es, que ustedes los aficionados que no pudieran asistir al partido, habrán leído con avidez

los periódicos de la mañana, buscando los detalles y las causas que proporcionaron, á unos la victoria, á los otros la derrota.

Prescindiendo de que algunos, cuyas opiniones me merecen mucho respeto, no coincidan en nada, ó muy poco, con la mía, la más modesta de todas, hablaré, según el partido de ayer, con todo lo que merecedor tiene de aplauso y lo mucho digno de censura y franca protesta.

Para el Chiquito de Abando, Irún y Portal no son suficientes los elogios que un revistero puede hacer. El trabajo de estos tres jugadores, sobresa- liendo, en mi concepto, el Chiquito, es digno de la pluma inteligente, elegante y correcta de D. Antonio Peña y Goñi, autoridad principal en esto del juego de pelota.

Portal estuvo ayer asombroso en materia de sa- ques, la mayor parte de carambola abierta, que tuvo que cortar Irún, por ser difícilísimos para res- tarlos un zaguero que sólo domina al revés.

Boleando y peloteando en el dentro, admi- rable.

El Chiquito de Abando, el prodigio de los zague- ros, nos entusiasmó constantemente con sus juga- das maestras, su potente revés y la elegancia é in- teligencia con que hizo lo *mucho* que *hizo*.

Razón de más tiene Bilbao para estar orgullosa de su zaguero.

Hasta aquí coincidimos todos los *colegas*. En lo que ahora voy á decir, solamente *El País* está con- forme conmigo.

Pedrós *regaló* el partido. Ni más ni menos.

Él puede más, mucho más, y no hizo nada, absolutamente nada.

Ni una vez estuvo colocado en su sitio; flojo como un zaguerito de segunda, y pifiando de un modo tan horrible, que aquello parecía hecho á propósito.

Bien sé yo que esto no es posible en Gabriel, y por eso digo que *parecía*. Pero, créame el simpático pelotari, hubo momentos en que el público pensó muy mal de él, á juzgar por los comentarios que á mi alrededor se hacían.

De todos modos, hay que convenir en que Pedrós estuvo muy desgraciado.

Él solo perdió ¡36 TANTOS! Esto asusta.

A los esfuerzos de Irún, á su codicia, á su energía sin imitadores, se debe el que llegara á 32 tantos.

Jugó de un modo admirable, y si le ayudan un poco, ¿quién sabe?...

El público le tributó calurosas ovaciones por su trabajo, digno de mejor suerte.

El frontón completamente lleno.

En los palcos parece que se habían dado cita las mujeres más hermosas de Madrid. — MARÉS. »

Otro día, una mañana por cierto en Euskal-Jai, jugaban Irún y el Chiquito de Abando contra Portal y Pedrós, y salió el dinero media hora antes de empezar el partido por los azules, que eran Portal y Pedrós, en la proporción de 100 á 90. No sé á punto fijo lo que allí pasó; pero es lo cierto que dos minutos antes de comenzar la pelea se hallaba el dinero 40 á 17 por Irún, y así estuvo sosteniéndose durante el partido, á pesar de llevar cuatro tantos

los azules, y á pesar de estar á 42 iguales. Perdieron Portal y Pedrós y los comentarios fueron sabrosos.

Hace pocos días también se ha hablado mucho de cierto partido, jugado precisamente por los mismos, Portal y Pedrós contra la trinidad americana, y los lectores de *El Pelotari* habrán leído la enérgica protesta que hizo dicha Revista del resultado del partido que perdieron los dos por ocho tantos, después de haber llevado doce de ventaja; son dignas de transcribirse aquí las apreciaciones que de este partido hace Leinad, distinguido cronista de *El País*:

JAI-ALAI

Se jugaba ayer un partido, que por la calidad de los dos anteriores había motivo suficiente para esperar una lucha reñidísima, y por tanto un desenlace en relación con la magnitud de los contendientes.

Pero como no es el público el que dispone y sí los pelotaris, resultó un partido cuyo desenlace produjo muy desgraciado efecto.

Eran los jugadores Portal y Pedrós contra Lasarte, Urbieta y Ayestarán.

Sin incidentes de importancia se fué desarrollando el partido con gran ventaja para los blancos, pues llegaron á sacar doce tantos á mayores á los del bando azul, que lo eran Lasarte, Urbieta y Ayestarán. Por una de esas cosas que no se expli-

can en buena lógica, empezó Pedrós, al igualarse en 38 tantos, á hacer un juego desigual, muy distinto al que hasta entonces había hecho, y los azules subieron de un modo inusitado hasta apuntarse los 50 tantos, cuando los blancos tenían 42.

Terminó el partido con sabrosos comentarios respecto del pelotari Pedrós.

Esto me hizo recordar que en una ocasión la empresa se amparó en un artículo del nuevo reglamento para expulsar de la plaza á un espectador que no guardaba la compostura debida, y creo que el mismo derecho tiene el público para reclamar la intervención del Tribunal de honor á que se refiere el reglamento en uno de sus artículos respecto de los pelotaris. — LEINAD. »

.

Conozco muy poco las costumbres y maneras de ser de Gabriel: sé que es aficionado á la caza, que sube y baja los cerros como quien pasea por tapizada alfombra, que tuvo en cierta época afición á la bicicleta, pero á causa de un percance lamentable la ha abandonado, que gusta mucho de los toros y que es humilde, campechano y muy amigo de los suyos.

ANGEL BILBAO

(Chiquito de Abando).

Cuando el sport de Urchale contaba diestros pelotaris en casi todos los pueblos de Vizcaya y Guipúzcoa, hace todavía pocos años, los bilbaínos, amantes de sus glorias y celebridades, necesitaban también un nombre que pronunciar siempre que de pelota y pelotaris se hablase; pronto lo encontraron en Angel Bilbao, que aunque no nacido precisamente en el casco de la invicta villa, vió la luz de la vida en uno de sus arrabales, en la república de Abando.

El Chiquito apareció como astro refulgente que todo lo ilumina con su fantástica luz, y de triunfo en triunfo, de ovación en ovación, eclipsó por aquel entonces las glorias de los pelotaris de más fama.

Sus paisanos comenzaron por admirarle, luego le encumbraron á altura inaccesible, y entre felicitaciones sin cuento, aplausos acaso excesivos y ovaciones exageradas, ha corrido en pocos años, Angel, un camino sembrado de halagos y lisonjas que muy bien pudiera haberle conducido á la mansión del orgullo, tan insana para todo el que ante el público expone sus méritos.

Pero lejos de mí el inculpar á los bilbaínos de ser la causa de este defecto, si es que en Angel existe, pues considero la cosa más natural que á un paisano en el camino del arte, sea el que sea, se le anime, se le aliente y hasta se le prodiguen alabanzas exageradas. ¿No celebran los padres en sus hijos hasta las travesuras y las picardías?

.
El inventor del revés-aire, como jugada sistemática, apareció en Madrid en el frontón de Jai-Alai, por el año de su inauguración, y el efecto que produjo en el público la maravillosa jugada fué asombroso y desde entonces fué colocado, sin dudas ni vacilaciones, en el lugar de los primeros zagueros.

Hacer su historia, narrar las brillantes victorias que ha obtenido en todos los frontones de España no es tarea de mi competencia en este caso, aparte de que los datos que aquí pudiera yo aportar son bastante conocidos de mis lectores: sólo diré, por vía de opinión, que los mejores días para el Chiquito ya han transcurrido y, desgraciadamente para la afición, creo que no volverán, disintiendo en esto de la opinión de mi amigo Peña y Goñi, que allá por el año 92 decía refiriéndose á Angel: «Lícito es suponer que un jugador de dieciséis años no ha dicho aún su última palabra.» Y hago esta afirmación, primero porque su brazo, prematuramente desarrollado, parece no estar dispuesto á dar más de sí, y segundo, porque cuando era el rey de los zagueros no tenía contrarios tan temibles como los tiene hoy.

Cuando venció en los cuatro partidos de desafío

(sin que trate de aminorar en nada el grandísimo mérito que á mis ojos tuvo), Pedrós no era el jugador de pelota perfecto que hoy es; Tandil corría por aquel entonces una época aciaga, tan frecuente en su juego limpio y elegante; Irún se hallaba en una especie de colapso que le impedía desplegar su fuerza, viveza y energía, y Gamborena, aunque en perfecto estado de salud y fuerzas, (que nunca le han faltado), no iba á ganar solo dos partidos.

¿Quiere decir esto, que si los jugadores dichos hubiesen estado en la plenitud de su poder y habilidad no hubiese vencido el Chiquito? No.

.
.

Alguien ha tachado al Chiquito de Abando de apático, y á mi juicio no va del todo descaminado el que tal ha dicho, pues es de notar en él muchas veces un si es no es de dejadez y poco entusiasmo en algunos partidos, sobre todo si el contrario es Pedrós, á quien teme como la oveja al lobo, ó si le llevan algunos tantos de ventaja y le han cansado algo, cosa que consiguen fácilmente sus contrarios con pocos esfuerzos, pues su *flaco* es precisamente la resistencia.

Además, tiene algo así como de *remolón* cuando no va el partido á su gusto, y con una cara especial de niño *mimado* que tiene para estas ocasiones, se echa generalmente la mano al costado como quejándose de algún agudo dolor.

Cuando esto hace, ya se puede contar que pierde el partido.

Muchas veces se retira á la enfermería y preten-

de suspender la lucha, y á veces lo consigue, como lo hizo este verano en Bilbao en el frontón de Deusto, en un partido en que llevando él gran ventaja, pero aflojando algo después, se vió alcanzado por sus contrarios. Si el Intendente hubiese tenido energía suficiente, no se hubiera dado este triste espectáculo, que censuraron hasta sus más solícitos partidarios.

El Chiquito de Abando como particular es una bella persona, salvo algunas niñerías, que en él son disculpables por su poca edad; vigilado constantemente por un recto preceptor, la vida de Angel se desliza tranquila sin disfrutar de los placeres, pero también sin sufrir más penas y amarguras que las que le proporciona la pérdida de un partido que, á decir verdad, siente con toda el alma.

Su amor por la *tierruca* es grande y allí es donde él goza de verdadera libertad, ora en la bicicleta haciendo saludables records, ora con la escopeta persiguiendo á los incautos tordos y malvises.

Ya dije al principio, que muy pocos pelotaris se ven libres de las diatribas del público en cuanto á su comportamiento moral; Angel, en mi concepto, es incorruptible, aunque alguien haya dicho lo contrario.

MANUEL GÓMEZ (Pasiieguito).

Ingenuamente lo digo: sé muy poco de este muchacho para emborronar cuatro cuartillas y cumplir el expediente; pero, en fin, algo sé y allá va:

Zaguero de primera como todos saben, en los buenos tiempos de la pelota, estuvo enfermo largo tiempo y ya casi nos habíamos olvidado de él; algo mejorado apareció en Euskal-Jai la tarde del 9 de Enero del año pasado, y fué recibido muy favorablemente por el público, que premió su juego elegante de punta con calurosos aplausos.

Á los dos días jugó otra vez, y todo de revés sin entrar ni una vez siquiera por derecho; este proceder causó, claro, mal efecto en el público, que después se ha ido acostumbrando al revés, potente por cierto, de Pasiieguito y á admirar sus buenas cualidades de pelotari.

Cuando juega de compañero con Gamborena se interesa tanto en la lucha, que rara vez pierden los *dos íntimos*. En general, juega bien y se puede tener confianza de que hará lo posible por ganar, y aunque la honra de un pelotari es como la de una doncella, que sólo con hablar algo pierde mucho en su



fama, puede afirmarse que Manuel Gómez pasa entre los aficionados por ser de los más decentitos.

Lo que tiene este pelotari, y es preciso que lo sepa el público para no imputarle á veces la totalidad de la culpa de su juego desigual, es que, como aquel cura del cuento que sólo sabía decir misa con su misal, Manuel sólo sabe jugar bien con una determinada cesta, aquella con la cual se ha acostumbrado, y muchas veces cuando se le rompe se ve y se desea para sustituirla con otra igual, y á veces no lo consigue.

Acaso para cuando este libro se halle á la venta habrá jugado ya algún partido por derecho y á bolea contra Tandil, y los aficionados habrán admirado de nuevo el elegante juego del mejor zaguero de punta después de Samperio.

Hablándole de este asunto, me dijo hace pocos días que él estaba dispuesto á jugar de esta manera *siempre* mientras los zagueros contrarios jugasen en la misma forma, pero que contra los Maüser es imposible poder hacer nada con la bolea; claro que tiene mucha razón, y esto nos demuestra el estado á que hemos llegado en el juego de pelota, que es imposible vuelva á sus buenos tiempos mientras no se destierren las abominables cestas americanas.

También añadió que los sacadores á la *antigua* son los indicados para jugar esta clase de partidos, pues los modernos que emplean frecuentemente la carambola y dos paredes hacen muy difícil devolver la pelota de revés no siendo á golpe, y por derecho es imposible de todo punto (si se ha de jugar limpio).

Aunque Pasiieguito ha tenido la desgracia de estar resentido del brazo durante la mejor época de la pelota, ha ido ahorrando algún dinero á fuerza de partidos, pues en un año ha jugado 92, cifra á que ningún otro ha llegado, y como él dice «tiene ya para comer habas».

Muchacho listo y de trato fino, tiene muchas simpatías entre sus compañeros por lo alegre y decidido, y me han dicho que «verle tomar el pelo es morirse de risa», por la seriedad y gracia con que lo hace.

Hace dos ó tres días le entregaron treinta duros producto de un partido en que había intervenido, y al presentarle el recibo para que le firmara, dijo mirando á los allí presentes: «Este recibo lo debía firmar con *la izquierda*».

FIN

